momento terrible para con los generales y gefes de su ejército.

"Como una gran parte de nuestros compañeros no están en comunicacion con nosotros, no hemos podido aún darles noticia de la carta de V. M., lo cual haremos tan luego como nos sea posible.

"¡Señor! Tambien nosotros, generales vencidos, estamos en el camino que conduce al suplicio; si tal ha de ser nuestra suerte, nos volveremos á ver, Señor, en el cielo con V. M. y con nuestra generosa emperatriz, que está ya entre los ángeles.

"¡Señor! somos de V. M. sus entusiastas servidores,

M. M. Escobar.

J. L. Casanova.

C. Morett.

J. Herrera y Lozada."

A medio dia se presentaron en la prision el baron Magnus y el vice-cónsul de Hamburgo Bahnsen, los cuales habian llegado de S. Luis en la noche. Habiendo sabido Magnus en S. Luis mi nuevo arresto, se trajo un médico aleman, el doctor Szänger, para poder proceder al embalsamamiento.

Ya desde el 16 habia entregado el emperador al abogado Vazquez las reliquias que mas tarde llevé yo á Europa, con la instruccion de dármelas despues de su muerte. En la tarde del 18, y en presencia de Magnus y de Bahnsen, dió las cartas al mismo Vazquez con igual encargo; para mayor seguridad, yo tambien le dí á guardar mis papeles.

El emperador, en una carta de su puño, dió las gracias á sus defensores por su "perseverancia y energía," y envió al gobierno el siguiente telégrama: "Deseo que se perdone la vida á los señores D. Miguel Miramon y D. Tomás Mejía, los cuales anteayer probaron todas las angustias y todas las

amarguras de la muerte, para que yo sea la única víctima, que es lo que pedí desde que caí prisionero."

En seguida escribió el emperador á Juarez la siguiente carta, la cual lleva fecha 19, porque segun las instrucciones del príncipe debia enviársele ese dia.

"Sr. D. Benito Juarez."

"A punto de sufrir la muerte por haber querido hacer la prueba de si con nuevas instituciones políticas era posible poner término á la guerra civil, que desde hace tantos años aflige á este desventurado pais; afronto con gusto la pérdida de la vida, si este sacrificio mio puede contribuir á la paz y á la prosperidad de mi nueva patria. Pero persuadido profundamente de que nada duradero podrá fundarse sobre una tierra empapada en sangre y sacudida por fuertes conmociones, os conjuro de la manera mas solemne, y con la sinceridad propia del momento en que me hallo, á que mi sangre sea la última que se derrame; así como tambien, á que consagreis aquella perseverancia que condujo vuestra causa á la victoria, y que en mis dias de fortuna supe conocer y apreciar en vos, al noble fin de conciliar los ánimos, y de procurar una vez á este desgraciado pais la paz y la tranquilidad fundadas sobre bases firmes y estables."

Eran cerca de las tres, y se hallaban presentes el baron Magnus y el coronel Villanueva, cuando llegó el coronel Palacios, quien dijo al baron y á mí que era preciso que el emperador se entendiese personalmente con el general Escobedo para las disposiciones concernientes á su cadáver.

Viéndonos el emperador en coloquio con Palacios, preguntó de qué se trataba; y yo, haciéndome un esfuerzo, le

enteré de lo que decia el coronel. "Esto sí que es indecente," dijo. Dicté al coronel Villanueva, que sabia el aleman, una carta que este tradujo inmediatamente al español, en la cual se decia: "ser el deseo del emperador, que su cadáver fuese entregado al baron Magnus y á mí; que yo estaba encargado de trasportarlo á Europa, y el baron de tomar todas las disposiciones concernientes." Leyó el emperador tranquilamente la carta, y la firmó con mano segura.

A las cinco, llegó de S. Luis la respuesta negativa al telégrama del emperador en que pedia gracia para los dos generales.

A las ocho se metió á la cama el emperador, y yo me quedé solo con él en su aposento.

A las nueve volvió Palacios trayendo la respuesta de Escobedo, el cual aseguraba al emperador que su última voluntad seria cumplida fielmente.

A las once y media, y cuando apenas comenzaba á dormirse el emperador, entró álguien en el cuarto. Me levanté entre azorado y alegre: era el doctor Rivadeneira, que me dijo que allí estaba el *general* (Escobedo) y que deseaba hablar con el emperador. Entre tanto, el rumor habia despertado al príncipe, que encendió luz, hizo entrar á Escobedo, y Rivadeneira y yo nos salimos del cuarto. Poco despues se retiró Escobedo, y yo volví al lado del emperador, que me dijo: "Escobedo vino á despedirse de mí. ¡Vaya! de mejor gana hubiera yo seguido durmiendo."

Poco despues apagó la luz, y al cabo de una hora que me pareció un siglo, pude convencerme por su respiracion sosegada y normal, de que se habia dormido. Despertóse á las tres y media; llamé á los criados que dormian en un cuarto del corredor; á las cuatro vino el padre Soria, á las cinco oyó misa el emperador con los dos generales, y á los tres cuartos para las seis almorzó carne, café, media botella de vino rojo, y pan.

Volvió á entregarme su anillo nupcial que yo le habia devuelto el dia 16; me repitió sus encargos y sus saludos, y sacando del bolsillo del chaleco un escapulario que su confesor le habia dado, me dijo: "esto se lo llevará V. á mi madre." ¡Fué su última recomendacion!

A las seis y media vino el coronel Palacios, y esta vez sí que habia desaparecido el postrer rayo de esperanza.

El emperador se colocó entre los soldados que formaban la escolta; yo le acompañé hasta la escalera; allí me saludó otra vez, sonriendo dulcemente, con una ligera inclinacion de cabeza y con la mano; intenté seguirle, pero me faltaron las fuerzas; ¡no pude ya dar un paso mas!

Media hora despues, el sonido de las campanas me sacudió de mi profundo letargo.....¡se habia consumado el crímen!

A eso de las ocho volvió el coronel Palacios; con trabajo disimulaba su emocion; me tendió la mano, y me dijo con ahogada voz: "¡Era una alma grande!"

Me participó que estaba yo completamente libre, y que se me permitia proceder al embalsamamiento. Dirigíme á la iglesia en donde estaba el cadáver del emperador, tendido en una mesa y cubierto con una sábana. Para nada se descompusieron sus facciones, la cabeza quedó ilesa y tenia el pecho atravesado por seis balas.

Como que no presencié la ejecucion, no puedo describirla; ademas, paso en silencio este punto, que harto dolorosos son ya estos mis recuerdos sin tales pormenores. Me limitaré á rectificar las inesactitudes de las diversas relaciones que se han publicado, y á dar mi opinion como médico sobre si el emperador tuvo una muerte pronta ó dolorosa, segun lo que pude inferir del exámen de su cuerpo.

Dije ya que la cabeza no tuvo lesion; de las seis heridas que le atravesaron el tronco, tres estaban en el vientre bajo, y tres en el pecho, casi en la misma línea.

Los soldados que componian el piquete encargado de la

ejecucion, habian recibido del general Diaz de Leon, que mandaba el Cerro de las Campanas, la órden espresa de no apuntar á la cabeza sino solo al pecho. Hicieron fuego á muy corta distancia, de tal manera que en la autopsía no se halló ninguna de las seis balas que atravesaron el cuerpo.

Las tres heridas del pecho eran mortales por esencia: la primera bala atravesó el corazon de derecha á izquierda; la segunda, al atravesar el ventrículo, hirió los vasos grüesos; la tercera, por fin, atravesó el pulmon derecho.

La naturaleza de estas tres heridas induce, pues, á creer que la lucha del emperador con la muerte hubo de ser brevísima; y que aquellos movimientos de la mano, que una cruel fantasía interpretó como órden de repetir los tiros, no fueron sino movimientos meramente convulsivos, de aquellos que segun las leyes fisiológicas son consecuencia natural de toda muerte violenta.

Tocante á los diversos discursos que se han puesto en boca del emperador antes de morir, no puedo menos de referirme á cuanto me contó un médico mexicano, el doctor Reyes, testigo ocular de la catástrofe. Díjome que el emperador despues de haber distribuido algunas monedas de oro á los soldados del piquete, pronunció con voz entera las palabras siguientes:

"Que mi sangre sea la última que se derrame en sacrifi-
"cio de la patria; y si fuere necesaria la de alguno de sus hi-
"jos, sea para bien de la nacion y nunca en traicion de ella."

En la misma mañana del 19, los doctores Licea y Rivadeneira comenzaron la operacion del embalsamamiento, la cual se practicó en la iglesia de las Capuchinas y duró unos ocho dias.

A pesar de la palabra que el general Escobedo dió al difunto emperador, rehusó el gobierno entregarnos el cadáver á Magnus y á mí. El 20 de Junio por la mañana se dirigió el baron á S. Luis, con el intento de hacer valer ante el Presidente nuestras justas pretensiones. El 22 por la mañana llegó á Querétaro el secretario de la legacion austriaca Mr. Schmidt, y regresó á México poco despues, porque su gefe habia recibido del gobierno una respuesta negativa. Entregué al primero la ropa del emperador, que se llevó consigo para poder enviarla pronto á Europa; y á este simple hecho se redujeron las enfáticas narraciones de los periódicos, acerca de las aventuras y peligros que el Sr. Schmidt hubo de correr con la ropa del infeliz monarca.

Aun despues de terminada la operacion del embalsamamiento permanecí en Querétaro, porque en el cuartel general, eludiendo toda respuesta categórica, me daban esperanzas en la venida del Presidente. Llegó Juarez, con efecto, el 7 de Julio á las once de la noche; pero á la madrugada del siguiente dia salió para México, y no me fué posible hablarle.

Habia concluido mi mision en Querétaro, y me dirigí á México para dar cerca del gobierno los pasos conducentes á la entrega del cadáver.

Pero antes de marcharme, quise visitar aquel cadáver. Le habian depositado en la iglesia de Capuchinas, en una caja de madera forrada de zinc por dentro, y de terciopelo por fuera. La caja tenia dos tapas: la interior estaba formada de tres cristales unidos entre sí, llevando el de enmedio la letra M dorada.

Ya en México, pedí y obtuve el 27 de Julio una audiencia al ministro Lerdo de Tejada, y le hice mi peticion en forma. Dos dias despues recibí una respuesta resueltamente negativa, igual á la que ya habian dado á Magnus y á Lago.

Yo no podia marcharme entre tanto, porque tenía que aguardar la llegada de las reliquias que el emperador me habia encargado que llevase á Europa. Por mas seguridad las habia yo entregado desde el 20 de Junio, y estando aún en Querétaro, al vice-cónsul de Hamburgo Bahnsen pa-

ra que las guardase y se las llevase á S. Luis. En aquellos dias, tanto México como Veracruz se hallaban aún en poder de los imperiales, y sitiados por los republicanos. Nosotros, que aún teniamos la creencia errónea de que el gobierno habria de cumplir cuanto antes su palabra, fijamos de esta manera el camino para la traslacion del cadáver: Querétaro, S. Luis Potosí, Tampico.

Lago habia tenido cuidado de llamar á este último puerto á la corbeta *Elisabetta*, y en ella deberiamos embarcarnos. Quedéme por lo mismo en México, esperando la llegada del convoy que debia traerme los recuerdos del finado príncipe.

Pero entre tanto, llegó á Veracruz el Vice-almirante Tegethoff, y la entrega del cadáver parecia ya cosa segura: solo que el gobierno, que trataba de sacar partido de ello para las negociaciones diplomáticas, continuó suscitando dificultades, y objetando al almirante que no estaba provisto de credenciales en toda regla. Los ministros reconocian su alta graduacion, y le guardaban todos los miramientos debidos á su elevado mérito; pero al mismo tiempo no se mostraban dispuestos á entregarle el cadáver, sino "en virtud de un acto oficial del gobierno austriaco, ó de una peticion formal de la familia." Puso por fin término á las negociaciones una nota del Canciller del Imperio, conde de Beust, dirigida al ministro Lerdo de Tejada. Al mismo tiempo consiguió el almirante la libertad de los extrangeros que aún estuviesen presos.

En el curso de las negociaciones, fué trasportado el cadáver por cuenta del gobierno republicano á la ciudad de México, y depositado en la iglesia de S. Andrés. Allí lo visitó el almirante en presencia mia no bien hubo llegado, y otra vez cuando se le colocó en una nueva caja. Estaba bien conservado, si bien con el aspecto de momia, y ennegrecido completamente el rostro. La nueva caja era de palo de

Granadillo, forrada por dentro de cedro, con la tapa tambien de granadillo en la que habia esculpida una cruz.

Por fin, el 12 de Noviembre salió de la capital el cadáver. Le acompañaban el vice-almirante Tegethoff, el coronel Tegethoff, los dos ayudantes del primero, Sres. de Gaal y de Henneberg, y cien dragones de escolta.

El 25 de Noviembre fueron reconocidos otra vez la caja y su contenido en Veracruz; se estendió una acta en regla, y el todo con la llave del féretro se entregó al almirante.

El 26, la fragata *Novara* con el querido depósito á bordo zarpaba de aquellas malaventuradas playas. La misma nave que allí condujo al príncipe en la flor de sus años, traía ahora sus despojos mortales á la tumba de sus padres.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA